



LA DIOSA TERRESTRE

Luis Barjau*

Este lado externo, primeramente, sólo como órgano hace visible lo interior o, en general, hace de ello un ser para otro; pues lo interior, en cuanto es en el órgano, es la actividad misma.

G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*

UNO

Ante los ojos de estudiosos contemporáneos, la historia de la sociedad local prehispánica con mucha frecuencia aparece como un rompecabezas o como un retrato roto en mil pedazos, cuyas partes, al fin unidas, deberían proporcionarnos la imagen completa que estaba perdida. Pero es necesario advertir, en primer lugar, que respecto del tema eso mismo le ocurre a otros estudiosos frente a cualquier sociedad antigua; en segundo –y esto es lo importante–, que es imposible obtener una imagen definida de la unión de fragmentos dispersos. No sólo porque son muchos los que se perdieron; también porque la acción del hombre a lo largo de milenios no diseña una imagen exacta, sino que sólo insinúa, por decirlo así, ciertas tendencias borrosas de una imagen que sería confundida con otras con mucha facilidad. Dicho de otro modo: el devenir de la cultura en el tiempo no imprime partes cifradas de una imagen, sino fragmentos en desorden y sin sentido. Si no fuera así, ese devenir fijaría una imagen absolutamente nítida y definida, susceptible no sólo de comprensión, sino de explicación exacta. En este punto, las sociedades posteriores, carentes de comprensión cabal de sí mismas, la tomarían como modelo, una vez recompuesta, y se dedicarían, así, a imitarla, pero, desde luego, descartando fatalmente, con este procedimiento, toda posibilidad de cambio o de progreso.

Si alguna vez existió esta posibilidad, ¿ello no habría generado sociedades estables, sin cambios significativos a lo largo de milenios, como suele sugerir la apariencia de algunas culturas orientales y también de las propias mesoamericanas?

Estas reflexiones siempre terminan por ser abismales y contradictorias.

DOS

También es factible para el estudioso que en vez de buscar la clave de acceso a la imagen total perdida, observe el contenido de cada uno de los fragmentos por separado.

A modo de ejemplo:

Al entrar en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología observamos, en el primer gran panel de tezontle, del lado izquierdo, un conjunto escultórico dedicado a ilustrar la idea sagrada de los mexicas sobre la tierra. Enhiesta en la parte cen-

* Antropólogo y etnohistoriador. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores

tral, una escultura rígida remata el conjunto en la parte más alta. Es una representación de Cihuacóatl ("mujer serpiente"). La unión imposible de estos dos seres se presenta como una intrusión de uno en el otro: la mujer, adentro de la serpiente, apenas asoma el rostro por las fauces del reptil.

Sin reparar en los componentes de la pieza, que se acoplan, el total hace una imagen fálica, la cual está expresamente determinada por forma y tensión. El ser femenino se encuentra allí, encerrado; la expresión del rostro es de la incredulidad que constata lo temido.

El indicador de que son las fauces por donde asoma el rostro humano está expresado por un rectángulo que parte hacia abajo de las mismas y que está surcado horizontalmente por rayas, como es, en efecto, el vientre de algunos reptiles. También por la lengua bífida del animal, que parece caer fláccidamente de la barbilla del rostro femenino. Y por dos colmillos curvados hacia adentro en el borde superior de las fauces, que asimismo fungen como arreglos del peinado de la mujer. Ambas, mujer y sierpe, aparecen con la boca entreabierta.

El perfil derecho de la pieza en sí (izquierdo ante el observador) evidencia aún más las fauces, porque en la parte superior se diseña un ojo ovalado, que se repite en el mismo sitio del lado contrario.

Del perfil es notoria la amputación incidental de las narices de la mujer, que de lo contrario habría sido el punto sobresaliente a ras del mismo. Debajo de la curva de demarcación del glande, y en ambos costados, se establece una columna en bajorrelieve con cuatro ruedas de dos círculos concéntricos cada una, que sería una fecha conmemorativa.

La superficie posterior del cilindro está cuadriculada para señalar escamas, lo mismo que la del glande, si bien aquí con rombos más pequeños. Asumo que es diseño que se pronuncia sobre la totalidad de la culebra. Y asienta el observador la dualidad pétrea que se desmembra.

La expresión humana es la de la mujer que quiere pasar inadvertida.

Los orificios nasales del ofidio están esculpidos con dos espirales centrífugas a modo de comas invertidas.

Tallada en piedra basalto, procede de la localidad de Tláhuac y data del posclásico tardío. La pieza entera, medianamente estrechada hacia la parte superior, mide 1.4 metros de alto por 40 centímetros de ancho.



Apatlillic emblem Mexico, National Museum, White Photo

TRES

Cihuacóatl es con claridad un propósito imposible, que sin embargo fue un cargo político de tanta importancia como para que el "Maquiavelli" mexica por excelencia, Tlacaélel, lo ostentara y se hiciera llamar, por tanto, con nombre femenino en el momento más pujante de la historia antigua. Cihuacóatl, suerte de alegoría feminista, fue paradójicamente semilla de la ambigüedad. Pues si es ofidio que encubre femenino sonrisa, también es cargo que desempeña un hombre.

Si su solemnidad fundara una alusión cultural de envergadura erótica, ésta no podría ser otra que cierto trasfondo del deseo masculino de transustanciación priápica en la amante. Y la fémina entonces, solapada, sería como la deseosa interna que es dueña del propio mecanismo del deseo. Especie de Pasifae infiltrada en el deseo de Minos cuando se hizo cubrir con una vaca de madera hueca para ser montada por ese toro de la mitología griega.

Enrebozada de virilidad, Cihuacóatl no deja ver su erotismo, al igual que otros vestigios rescatados de la cultura mexica. Una vez emergida de las sombras de la noche, llega amaneciendo al mercado de Tlatelolco, y allí encomienda a una marchante descuidada la matriz donde iría el feto, hasta que la vendedora descubre que el encargo no es sino una cuna y que como bebé afonda el navajón de pedernal para el sacrificio. En ese instante resuenan lúgubres las trompetas de caracol, atabales y tambores que indican que comienzan los festines de la diosa. Cihuacóatl grita en la noche negra, en la umbría ribera lacustre de Xochimilco, la fatal pérdida de su prole. ¡Ay, sus hijos! Y los noctámbulos tiemblan de pasión ante la inminencia de su propio extravío, a pesar de haber deambulado con el antiguo gesto prepotente de ir oliendo indolentemente una flor, tan sólo unos minutos antes.

CUATRO

El atavío de quien se desliza en el túnel de niebla de la noche es:

Su pintura facial, con labios abultados de hule, y mitad roja y mitad negra.

Su corona de plumas de águila;

sus orejeras de oro.

Su camisa de encima con pintura de flores acuáticas, y la de abajo, de color blanco.

Sus sonajas, sus sandalias, su escudo recubierto de plumas de águila,

su palo de telar.¹

Mujer de la culebra, nuestra madre Eva, con sus cornezuelos, colmillos ponzoñosos, cruzados sobre la frente.

Este faro o Gólem, ahora en la sala del museo, estuvo en la antigüedad en el lugar indicado: una pieza oscura (*tlillan*: junto a la negrura), sin ventanas ni saeteras, sino sólo una pequeña puerta frontal donde el sacerdote fetal salía y entraba a gatas, con el rostro pintado de blanco y de negro.

¹ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Porrúa, México, 1982, pág. 889.



Salir de la serpiente significaba para la mujer interior ser el *alter ego* de la deidad: pues una hermosa joven mantenida en delicias durante algún tiempo era escogida entre muchas para encarnar a la diosa antes del aparatoso sacrificio. "De blanco toda, con su manto blanco", mientras que la piedra "tenía una boca muy grande y los dientes regañados [...] en la cabeza una cabellera grande y larga, y un hábito de mujer".²

En la fiesta *Huey tecuilhuitl*, octava del calendario mexica y que se celebraba el 18 de julio, había una gran ceremonia ritual culminada con el sacrificio de la joven endiosada, que venía embriagada y "fuera de su natural juicio", con pulque curado con alucinantes y otros "hechizos". Tenía el nombre de *Xilonen* (deidad del maíz tierno, *elote*) desde que la purificaban y hasta el momento del sacrificio.

Contiguo del recinto oscuro donde estaba la serpiente de piedra, había otro amplio espacio donde se atizaba con madera de encino, durante toda la noche, un gran brasero (*teotlecuiltli*).

"Al cuarto enviñ" iban echando vivos en ese brasero a cuatro jóvenes prisioneros, delante de la mujer, a quienes poco después, antes de ser del todo cocidos, sacaban y enfilaban en el suelo para hacer "el estrado de presos de la diosa",³ encima del cual habrían de sacrificar a la joven sacándole el corazón. Con su sangre iban a la cripta oscura para rociar a la serpiente, mientras que afuera, también con su

² Fray Diego Durán, *Historia de las indias de la Nueva España*, t. I, Porrúa, México, 1967, págs. 125-126.

³ *Ibid.*, pág. 127.



sangre, salpicaban la enorme hoguera crepitante, que era venerada a su vez como el dios Xiuhtecuhtli. Adentro, la serpiente a oscuras; afuera, el lecho de brasas masculinas, los cuerpos soasados de los jóvenes, donde ella era acostada para acabarse.

Al tomar de nuevo las salvedades introductorias de este escrito, todavía es factible observar que una vez escogido un solo fragmento de ese "todo" que es la cultura mexica, también nos reencontramos con que lo seleccionado como dato escueto y aislado es inseparable de otros, y que todos a su vez obligan a proyectar la atención sobre el mexica antiguo que sobrevive en un panorama más vasto. Así, se dice (en la propia exhibición museográfica, tanto como en fuentes escritas y arqueológicas) que Cihuacóatl es diosa de la tierra. De la misma manera que Tlaltecuhltli es deidad de la tierra. Que también Coatlicue es deidad de la tierra. Que la gran escultura de esta última diosa, exhibida en la Sala Mexica, representa a una figura femenina que es *interior* a otras, ofidias. Que Quetzalcóatl también está representado del mismo modo, como figura humana que asoma el rostro por fauces serpentinas. Y que algunas figuras de códices contienen idéntica representación en alusión a otras figuras del panteón. Por último, que las dos figuras inferiores de la Piedra de Sol o "calendario azteca", que están confrontadas, son dos serpientes por cuyas fauces asoma el rostro humano.

Aun desentendiéndonos de los significados que recorra la figura de Cihuacóatl, superpuesta o involucrada con otras deidades, debemos terminar aceptando el nivel elemental de tales imágenes, su dualismo humano-serpentino.

Una sola pieza es una abstracción de la cultura. Lo concreto, "el todo", es una "verdad" desestructurada de su rigor, que se mantiene inaccesible, que no contiene en su interior una clave explícita de su significación. ✱

